

## Retorno a la unidad

### IV. LO AUTENTICO Y LO EXPEDITIVO

Contraponer la Estética y la llamada Tecnología es una incongruencia sólo posible cuando se identifica objetivo con real y subjetivo con arbitrario. *Real* viene a significar aquí sólido, sobrio, auténtico, mensurable, y, sobre todo, útil, ascéticamente entregado al servicio de un fin. Por *arbitrario* se entiende lo que puede ser medido con escuadra y cinta métrica, lo que sirve a fines no "utilitarios", y es, por tanto, aparentemente "inútil".

Al amparo de este colosal fraude intelectual se llegó a la desolada conclusión de que lo objetivo, para ser auténtico, debe ser útil, y *solamente* útil. Con lo cual se trazó una violenta línea divisoria entre dos ámbitos humanos que se pertenecen el uno al otro como el alma al cuerpo.

Por eso es tan urgente detenerse a delatar los equívocos funestos que laten bajo un vocablo tan aparentemente inofensivo como es el de "objetividad". Porque es de saber que esa vuelta a la Estética de que habla con tanto acierto Oriol Bohigas en sus "Comentarios al "Pueblo Español" de Montjuich" (1) no es un simple retorno a la época anterior al "gran descalabro y la gran esperanza del maquinismo" (2), sino el acceso al mundo de lo que podríamos llamar lo "superobjetivo", es decir, ese ámbito de realidades que, precisamente por ser no-mensurables y darse en unas condiciones superiores de espacio y tiempo, son más reales, sólidas y auténticas que las meramente objetivas. Una ciudad auténticamente "habitable" es, según esto, la que ofrezca al hombre una atmósfera de superobjetividad. Lo que esto implica puede adivinarse a través de lo que el autor citado escribe acerca de la necesidad vital de la calle-corredor, la plaza, la belleza de perspectivas, la armonía rítmica, etc. Considerar esto como un aditamento lujoso, supervivencia de una época burguesa, es caer en la ilusión de que se puede obtener, por ejemplo, la quintaesencia de la rosa, es decir, la rosa auténtica, despojándola de sus pétalos. ¿Quién se arriesgaría, pon-

go por caso, a abreviar los largos desarrollos de las obras de Bach sin temor a causar en ellas mutilaciones irreparables? Por eso cuando un autor confiesa sentir entusiasmo por una cierta "disciplina de nudificación, de autenticidad" (3), hubiéramos deseado una manifestación menos equívoca. Pues se ha hecho demasiada demagogia (4) con expresiones tales como "purismo", "sobriedad", "autenticidad", falta de prejuicios, "Illusionslosigkeit" (Weber), etc., para que no sintamos disgusto, e incluso indignación, ante el uso inconsiderado de vocablos comprometedores. De hecho, lo que se intenta en la actualidad, callada o abiertamente, es identificar lo auténtico con lo expeditivo. Lo que no deja de ser una mixtificación abusiva, pues la rapidez es, en la producción técnica, signo de perfección, cuando no afecta a la calidad de lo producido. Pero en Arte prevalece la calidad de tal modo, que la economía del tiempo apenas merece consideración. Convendría, por ello, hacerse cargo de que la auténtica sobriedad es fruto de la unidad estructural que fundan las realidades superiores.

Si a pesar de los méritos innegables que ofrecen ciertas Arquitecturas "medio muertas, falsamente funcionales y facilonas" (5) en lo tocante a la higienización y a la racionalización, lo cierto es que "no nos sirven exactamente para vivir" (6), esto no responde sencillamente a una solución de continuidad con la "tradición bien interpretada" (7), sino a un falso concepto del hombre, consecuente a una desconsiderado despojo de su auténtico e integral modo de ser. De ahí que el remedio no consista en imitar sin más lo pasado, sino proseguir su más profunda intención en lo que tenía de integralmente humanista, como muy bien sugieren Corderch en *Domus* (8) y Miguel Fisac en *ARQUITECTURA* (9). Para lo cual, a mi entender, hay que abordar

(3) J. Ortega y Gasset: *La rebelión de las masas*, pág. 95.

(4) Es útil tener en cuenta que los vocablos sólo sirven a efectos demagógicos cuando no están abiertos a la plenitud de sus diversos significados. Sin poros, perfectamente opacas, las palabras actúan como proyectiles en la mente del lector poco cultivado.

(5) Francisco de Inza: *ARQUITECTURA*, noviembre 1961, pág. 24.

(6) Oriol Bohigas: *Id.*, pág. 20.

(7) *Idem, id.*

(8)

(9) Noviembre 1961, pág. 49.

(1) Revista *ARQUITECTURA*, noviembre 1961, págs. 15 y sigs.

(2) *Id.*, pág. 21.

el estudio del hombre sin prejuicios, con la voluntad dispuesta a re-conocer el misterio de las realidades complejas, que no son "explicables" científicamente, sino reconocibles, como todo ser que se da en persona, a través de la revelación del diálogo. Pero esto exige, a su vez, un estudio detenido de los diferentes sentidos que ofrece el vocablo "objetivo", y las tergiversaciones a que pueden dar lugar. Invito, pues, al lector a que aborde con interés la lectura de las siguientes precisiones, que complementan las realizadas en el número pasado.

#### FALSOS CONCEPTOS DE LO "OBJETIVO"

1. Lo objetivo es asimilado a una cosa, algo susceptible de posesión (10), de transmisión e intercambio (11), de conocimiento superficialmente universal.

La actitud objetivista concede primacía al universal como medio de dominio. Desplaza lo singular por lo que tiene de personal e irreductible, merced a una técnica de abstracción inspirada en una psicosis de poder. De ahí su empeño en cegar las fuentes de lo que podríamos llamar "universalidad intensiva", que es la expresión lógica de la amplitud de lo ontológicamente profundo (12).

2. Frente a la elasticidad creadora de lo existencial, lo objetivo aparece como algo fijo, rígidamente inmutable. La objetividad es "la esclerosis de la existencia" (Marcel). De ahí el horror de quienes dirigen su atención a lo ontológicamente móvil ante lo objetivo, que es considerado como objeto de mera representación del pensamiento espectacular, que sólo capta aspectos, perfiles o escorzos de la realidad, no el conjunto irreductible de los seres con intimidad. La Filosofía objetivista, a lo Hegel, inaugura, según Jaspers, la traición de la existencia en provecho de la objetividad del saber y de la razón (13).

Objetivo es lo cerrado, lo redondo, lo completo y satisfecho; lo que carece de movilidad, riesgo y movilidad creadora. Por eso advierte Jaspers que, si quiere la Filosofía evitar el racionalismo agotador, no debe

(10) Cfr. G. Marcel: *Journal Métaphysique*, págs. 301-303; *Etre et Avoir*; "Phénoménologie de l'Avoir".

(11) De ahí la importancia que adquirió en los existencialistas la Fenomenología del propio cuerpo. "Yo no me sirvo de mi cuerpo: yo soy mi cuerpo." (Marcel: *Journal Métaphysique*, pág. 323.)

(12) Es aleccionador al respecto contrastar las dispares actitudes de dos colaboradores de un congreso tomista (Roma, septiembre 1955): Jacques Croteau y Louis Ricard. Según el uno rechazar el pensamiento objetivo es renunciar al conocimiento universal o racional (páginas 431 y sigs.). La universalidad, para el segundo, proviene de la fuerza de ser de ciertas realidades concretas superiores, con las cuales debe el hombre sostener una relación de un "tono ontológico" singular (págs. 555 y sigs.).

(13) Cfr. *Philosophie*, I, pág. 103, y *Descartes und die Philosophie*, página 14.

convertirse en una "doctrina del conjunto del ser en unidad objetiva" (14).

3. Al oponerse a lo "existencial", lo cualificado e irreductible, y dirigirse a lo universalmente verificable, lo objetivo se erige en portaestandarte de un "ethos de objetividad", que fué en los últimos treinta años símbolo de buen gusto y seriedad intelectual.

El conocimiento de lo existencial—o dicho con más amplitud, de las realidades con intimidad—exige el compromiso de la voluntad y despierta en el sentimiento la emoción que suscita el acto de trascender. Nada extraño que, al considerar este concurso de voluntad y sentimiento como algo espúreo, se interpretase la sobriedad y superficialidad del conocimiento objetivista como índice de pureza y autenticidad. De pureza, por excluir la intervención de elementos extraños al carácter especulativo del conocimiento racional. De autenticidad, por oponerse a la prevalencia de lo "subjetivo" y ser fiel a lo real. Si no quiere renunciar a la prestigiada "Sachlichkeit" (objetividad), el intelecto debe reducir su alcance a lo "objetivo", lo mensurable, representable, lo universalmente válido y verificable. El que quiera conservar la riqueza de lo real debe rescatarlo al precio del carácter científico de su pensamiento. De ahí las peligrosas evasiones al sentimiento que han tenido lugar en disciplinas consagradas, como el Arte y la Religión, al estudio de realidades cuya intimidad ontológica convierte en no-objetivas.

4. Por esta vía de pretendida "depuración" se llegó a identificar lo objetivo con lo frío e inexpressivo, es decir, lo que no suscita emoción, por carecer de esa dimensión de profundidad existencial que llamamos valor. El sentimiento espiritual entra en vibración ante el asombro que produce el acto de trascender, el salto de lo empírico a lo supraempírico, a los valores que se expresan y encarnan en los seres. Reducir lo objetivo a lo inexpressivo es reducir en la *terra incognita* de lo no-objetivo (para un positivista lo *no-real*, lo no cognoscible de modo universalmente válido) todo el ámbito insospechadamente rico de las realidades valiosas (15).

Por haber exagerado los intuicionistas la parte que corresponde a la afectividad en la captación de los valores, o, dicho en general, de las realidades profundas, no fué difícil a los pensadores proclives al positivismo calificar a la intuición de "Schwärmgeisterei", "éxtasis afectivo del alma", "embriaguez sentimental", etcétera (16), con lo cual la verdadera objetividad ve-

(14) *Existenzphilosophie*, pág. 12.

(15) Cfr. P. Wust: *Metaphysik des Geistes*, pág. 607. Según los objetivistas, lo objetivo se revela a quien esté alejado de todo sentimiento axiológico o de valor.

(16) Véase P. Wust: *Ob. cit.*, págs. 601 y 606.

nia a ser fruto exclusivo de la "frialidad del espíritu" (17).

De ahí la prevalencia del entendimiento (Verstand) sobre la razón (Vernunft): para los objetivistas, "el entendimiento es el único guía seguro del espíritu, por tender de suyo a la sobriedad, a la repulsa de toda embriaguez dionisiaca del alma" (18). La objetividad, la autenticidad del pensamiento brota, según esta concepción, de una actitud serena, exenta de todo pathos frente al mundo de los valores, científicamente *distanciada* de lo que exalta la subjetividad. El conocimiento científico debe ser "espectacular", mantenerse a distancia (19).

Es sorprendente advertir el influjo que ha ejercido sobre el pensamiento contemporáneo la errónea identificación de exterioridad y extrañeza, distancia de perspectiva y distancia de alejamiento. Objetivar es interpretado instintivamente como alejar, distanciar, romper amarras con el humus que sostiene y alimenta la vida intelectual del hombre. De ahí el problema de la Lógica existencial: "¿Se puede pensar lo inobjetivo?"

5. La oposición de lo objetivo a lo subjetivo es entendida por los objetivistas como expresión de realismo, de autenticidad. Es de advertir que lo subjetivo adquirió un matiz peyorativo de evasión de lo real, al amparo del equívoco provocado por los dos significados del vocablo objetivo, que equivale en casos a "real" y en casos a "no-subjetivo". Con lo cual es fácil inclinarse a pensar que lo subjetivo no es objetivo en el sentido de real. Esta confusión vicia la historia entera del pensamiento moderno.

## LO ARBITRARIO Y LO NATURAL EN ESTETICA

De aquí arranca la polémica estética acerca del equilibrio de forma y contenido (Form-Fülle): "Si el sentimiento es algo irreal—se dice—debe ser desplazado del Arte, por inauténtico, por falta de calidad y peso ontológico."

Hoy día se empieza a tener, sin embargo, una sensibilidad más despierta para adivinar la fuerza de ser de las realidades que aparecen como irreales si se toma a lo

(17) Téngase en cuenta el uso y el abuso que suele hacer la literatura filosófica alemana de la contraposición entre "Geist" (espíritu) y "Seele" (alma). Como es sabido, el vitalismo desencadenó una tendenciosa campaña contra el poder del espíritu por su pretendido signo antivitalista. La expresión más exabrupta de esta corriente se halla en las obras de L. Klages: *Der Geist als Widersacher der Seele* (1929), y A. Gehlen: *Der Mensch, seine Natur und seine Stellung in der Welt* (1940).

(18) Véase la acertada crítica realizada por Peter Wust: *Ob. cit.*, páginas 606-607.

(19) Ganaría en perspectiva el lector si contrastase este modo de pensar con la actitud equilibrada de los pensadores personalistas ac-

ontológicamente inferior como módulo de realidad. Por eso se piensa que, de ser auténtico el sentimiento, es un fenómeno tan natural y real como la composición más quintaesenciada y "objetiva" de Hindemith. Al acusar a los compositores clásicos de formalistas, olvidó Debussy la esencial objetividad del sentimiento humano de las formas. No tiene el concierto tres tiempos y la sinfonía cuatro por virtud de una arbitrariedad formalista. El empleo creadoramente flexible de determinadas formas es más aún un descubrimiento que una norma "subjetiva" autoimpuesta caprichosamente por el compositor. De hecho, vistas las cosas con profundidad, la actividad subjetiva del artista es más un diálogo que un monólogo. Lo confirman valiosos testimonios de genios como Beethoven y Mozart, que sentían el trance creador como una *tensión de diálogo*, en que se veían impulsados por una lógica interna a cada obra. He aquí el secreto de la inspiración. *El hombre vive y crea en distensión*: es una ley de vida que en el fondo obedece a la ley de la solidaridad universal en el amor. "Cuando salgo a pasear—dijo en una ocasión Beethoven—las ideas musicales me asaltan; yo las cojo a puñados, pero ellas me desbordan." Mozart declaró una vez a su padre que componer era para él dejarse llevar de la inspiración. Una vez "vivida" la obra en la mente, se sentaba a la mesa y escribía sin pausa, con una puntuación intachable, como si le estuviesen dictando.

Los clásicos sentían agudamente la limitación de las formas, pero las respetaban, por entenderlas como medios de expresión que *canalizan* y *potencian* el poder expresivo del sentimiento artístico. Si se tratase, como pretendía Debussy, de moldes rígidos, camisas de fuerza que coartan desde fuera la vitalidad artística, nuestro primer deber sería desatar las aguas. Pero, por fortuna, la obsesión de la vitalidad sin cauces dejó hace tiempo de torturarnos. Y ya son muchos los pensadores que propugnan una actitud de equilibrio, de contenida "sobriedad", que es, en el mundo, fuente inagotable de fecundidad creadora.

En otro trabajo intentaremos sorprender, entre bastidores, las verdaderas intenciones no confesadas del pensamiento objetivista, y daremos cuenta de la reacción que esta actitud ha provocado en un sector de la vida intelectual, del que depende tal vez en no pequeña parte el futuro del pensamiento occidental.

tales, según los cuales la carga afectiva de la intuición de lo profundo no saca de madre a la corriente especulativa del "frío intelecto", sino que potencia su intensidad. Lejos de borrar límites a la actividad especulativa, por nostalgia romántica de infinito (Schwärmerei), la emoción de lo trascendente y la voluntad de fidelidad a lo irreductible que implica el conocimiento de lo profundo no hacen sino abrir el conocimiento especulativo a un nuevo ámbito de ser. Bien es cierto que la intuición, cuando penetra en la trascendencia, implica un determinado grado de "entusiasmo". Pero aquí no significa un descenso a la indiferenciación vital, sino el gozo de la implantación en el ámbito de lo superobjetivo, en que no rigen felizmente las vallas del espacio y del tiempo.